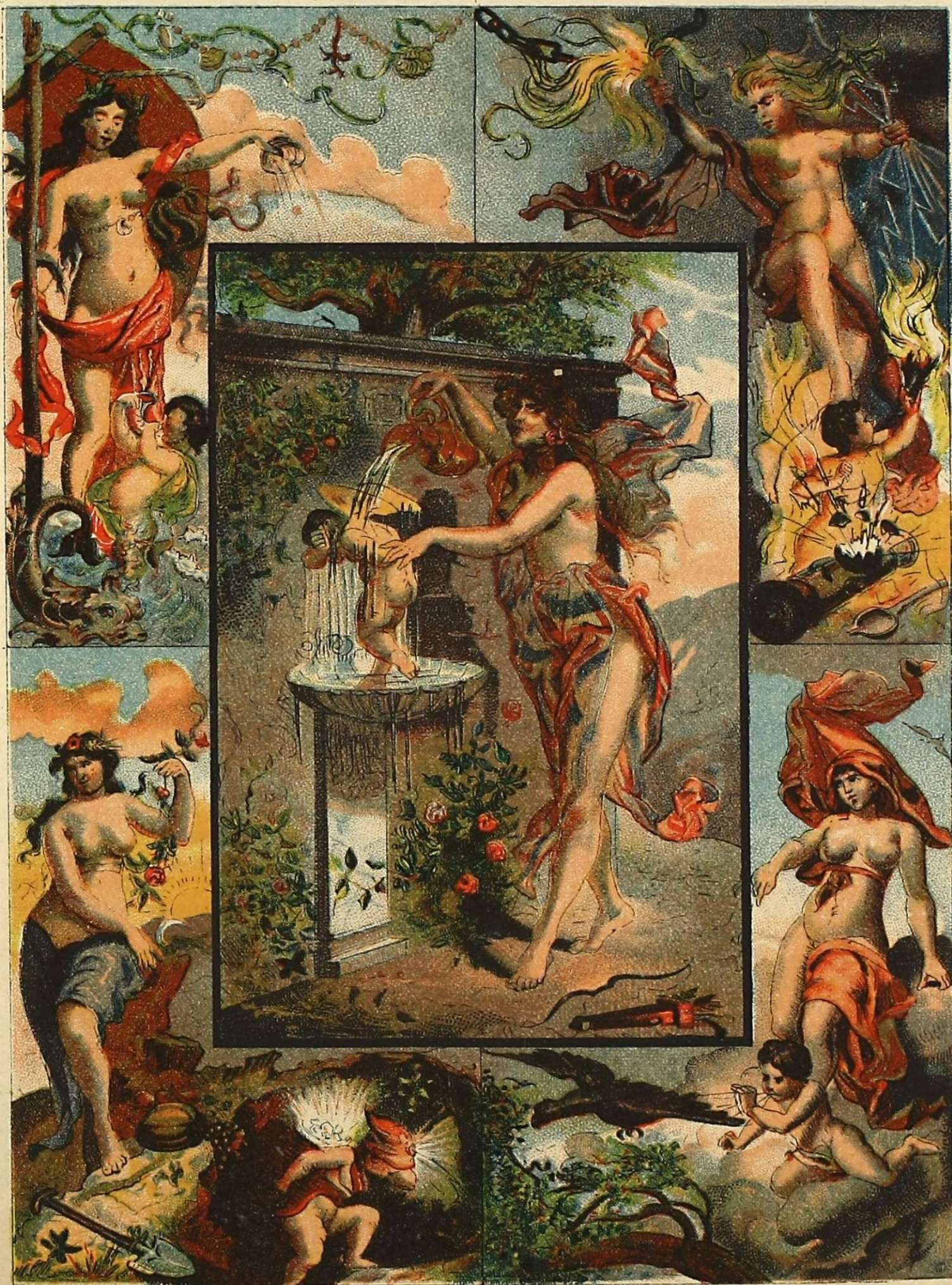


ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



LA ESCLAVA DEL AMOR por Xumetra LIT. FORASTE

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. IX

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 4 Noviembre 1886

Núm. suelto 10 cént. de peseta * Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA ESCLAVA DEL AMOR

Precioso capricho de Xumetra. La esclava del amor se venga de Cupido aplicándole una fuerte ducha en pago del fuego que encendió en sus entrañas. Orlan la lámina los cuatro elementos para demostrar que el amor es aire en la niñez, porque es ligero é inconstante; fuego en la juventud, porque abrasa; tierra en la edad madura, porque busca lo sólido y positivo, y agua en la vejez por razón de su frialdad.

INVIERNO (dibujo de M. Balasch)

Al mirar este magnífico dibujo, parece que se sienten las crudezas de los ciervos invernales. Estación triste y sombría, tiene, sin embargo, sus encantos. Que si el verano nos recrea con sus verdores, sus coros de pájaros, sus noches serenas y sus apacibles frondas, el invierno nos halaga con sus dulces veladas, su sol bienhechor, el tibio ambiente del hogar y las bulliciosas fiestas de los salones.

FANTASIAS

Aquel insigne agustino que cinceló con su pluma de oro el magestuoso idioma castellano, Fray Luís de León, llamó á la fantasía «la loca de la casa». Que el insigne escritor dijo una verdad mayor que el templo de Salomón, se comprende por poco que se medite.

Indúceme á apuntar esta observación lo que ayer le aconteció á mi vecino don Lesmes.

Nuestro hombre es de un carácter sumamente impresionable, pero amigo de la paz.

Con estas cualidades, ¿cómo no había de alborotarse el corazón, al ver, cuando mas divertido estaba en su tarea de liar cigarros, desarrollarse en el misterio y soledad de la noche una escena muda capaz de poner de punta los pelos de la misma estatua del Comendador, si los tuviese?

El hecho fué que hacía rato que el pobre don Lesmes notaba, en medio de su distracción, algo allá por la parte del patio, que á manera de sombra se movía.

Media noche era por filo, como canta el romance. El silencio y la oscuridad eran dueños del mundo. Don Lesmes con marcadas intenciones de rendirse al sueño seguía envolviendo pellizcos de picadura en finas hojas de regaliz, y la sombra aparecía, y tornaba en continuo columpio detrás de los cristales de la ventana frontera. Tanto cosquilleó el interminable movimiento, en el rabillo del ojo de don Lesmes, que éste levantó maquinalmente la cabeza y miró que podía ser aquello que tanto rato llevaba de zarandeo. Pero nunca hubiese hecho tal. Fijar la vista en los cristales de la vecina ventana, soltar el bote de tabaco que tenía entre las manos, palidecer, y lanzar un grito de terror, fué obra de un instante. ¿Qué vió don Lesmes para asombrarse de este modo? Pues nada menos que la silueta de una mano asesina blandiendo el puñal sobre el pecho de una mujer que tendía los brazos en ademán de

súplica. ¡Horror! ¡Horror! ¡Mil veces horror!

El infeliz don Lesmes quedó, como la mujer de Loth, hecho estatua de sal. El espanto no le dejó articular una voz, ni mover un pié. Con la vista desencajada miraba la fatal ventana. No cabía duda. Allí se perpetraba un crimen horrendo. La mano continuaba blandiendo furiosamente el puñal, y la mujer reclamando misericordia. Una vez el puñal bajó hasta tocar el cuello de la víctima, y don Lesmes oyó oír un grito desgarrador. Aquel grito, rompió la esclusa que interceptaba la garganta de don Lesmes. Ya no vió nada más. Empezó á chillar con voces tan descompasadas y penetrantes clamando socorro, que en breve se llenaron de gente ventanas y balcones, alborotóse el vecindario, subieron agentes de orden público al piso de don Lesmes, y cuando se hubieron enterado por éste del infame asesinato que se acababa de consumir en la casa del vecino, volaron allí provistos de toda suerte de armas. Después de varias precauciones, llamaron con estrépito á la puerta del cuarto que había sido teatro de tan espantosa tragedia. A los gritos de ¡abrid! á la justicia salió el inquilino en mangas de camisa. Como el desdichado poeta estaba aturdido de aquella brusca visita, creyeron los polizontes que su turbación era evidente señal de delincuencia. Vieron que su mano derecha estaba manchada de sangre, y ya tuvieron bastante para aporrear lindamente al infeliz, vociferando: ¡Ya tenemos al asesino!

Entraron en el cuarto para reconocer á la víctima degollada, y ¡oh, desencanto! El brazo aún seguía moviéndose amenazador, y la mujer arrodillada pidiendo misericordia. Como que el brazo que vió don Lesmes no era sino la manga de una levita que el poeta había colgado de una percha contigua á la ventana, y que á los soplos del aire que por el destartado corredor pasaba se movía, y la mujer suplicante una chistera, un bastón y un paraguas colocados encima de la mesa, cuya sombra un macilento quinqué dibujaba desproporcionadamente en los opacos cristales de la ventana. Pero ¿y la sangre? La sangre era tinta que la exaltada imaginación de los polizontes vió roja, con ser más negra que ala de cuervo.

¡Cuántos como don Lesmes en el mundo toman por realidad los sueños de su imaginación exaltada ó despavorida y alborotan el mundo con el cuento de sus visiones! El día que la razón serena se sobreponga á la loca fantasía, el fanatismo y la preocupación sufrirán su definitiva derrota.

JUDAS TADEO.

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

No te importe que distinta
nuestra fortuna ahora sea,
que quien cual yo se recrea
en amoroso penar
y cifra en él sus delicias,
y para amar sólo vive,
y sólo amando concibe
que es posible el respirar,
vencerá toda porfía
que se oponga á su ventura,
rechazará con pavora
todo halago engañador,
y, si no logra su llanto
ablandar la roca yerta,
primero la verás muerta
que hacer perjurio traidor.

¡Ángel mío! ¡Clara estrella!
—exclamé con arrebato—
perdona al pobre insensato
que así conturbarte osó.
¡Yo soy tuyo, y tu eres mía!
¿á quién sino á mí amar puedes?
¿y á quién, pues tu alma me cedés,
sino á tí, puedo amar yo?
No es posible que me olvides!
¡ay de tí si tal hicieres!
tú que tan feliz hoy eres
sentirías gran dolor:
en la fiesta más galana
no hallarías alegría,
en la luz del claro día
no hallarías resplendor.
Ni podrías en las noches
disfrutar de paz serena,
que el recuerdo de mi pena
te vendría á despertar;
y una vida miserable
perseguida por tormento
de feroz remordimiento
deberías arrastrar.
—¡Bien de mi lealtad recelas!
mas la tuya ¿quién la fía?
—Mi existencia, Luisa mía,
que sin tí no puede ser!
—Tú lo dices, y lo creo;
mas, Fernando, si me engañas...
—El infierno en mis entrañas
venga entonces á roer.
Y pues el cielo ha juntado
nuestras almas y destinos,
para que iguales caminos
recorriésemos los dos,
hagamos indisoluble
tan dulce unión al momento
con un santo juramento
prestado delante Dios.

Al oír estas palabras,
tomóme del brazo Luisa,
diciendo con entusiasmo:
«Vamos al templo enseguida.»
Apartada de la aldea,
y en una hermosa colina,
de la iglesia se levanta
la fábrica ancha y antigua,
obra de pasados tiempos
en que el genio del artista
se derramaba inspirado
en retablos y capillas
que hoy día la admiración
con mudo pasmo analiza.

Allí fuimos presurosos
sin temer que alguien podía
notarnos, y hacernos luego
objeto de mil hablillas.
Cuando de la verde loma
alcanzamos la subida;
el Sol llegaba á su Ocaso,
y el bronce tocaba á vísperas.

VI

El templo era oscuro;
de negros crespones
la sombra en el muro
fingía girones;
cual astros los cirios
se veían lucir,
y en las anchas baldosas, los pasos,
se oyeron crujir.
Pisando la luna,
ceñida de estrellas,
la Virgen que aduna
las glorias más bellas,
se alzaba radiante
en místico altar,
difundiendo un perfume fragante
de incienso, y azahar.
Los dos á sus plantas
corrimos veloces,
y nuestras gargantas
con plácidas voces,
que como lamentos
sonaron allí,
de constancia y amor juramentos
dijéronse así:

—«¡Oh! Virgen santa, celestial María,
puerto seguro del que en ti confía;
iris de eterna paz:

clemente escucha la plegaria mía,
y con las orlas de tu manto, pía,
el llanto borra de mi triste faz.
Olas amargas cual de negros mares
hoy combaten con hórridos pesares
mi pobre corazón.

Y náufrago infeliz, en mis azares
vengo arrastrando al pié de sus altares
á demandarte paz con mi oración.
Amor que brota espléndido del cielo
llama incendió de abrasador anhelo
dentro de mi alma fiel.

Mas las rastreras brumas de este suelo
sobre mi porvenir tienden un velo
que llueve dudas en feroz tropel.
Ciego y sin luz me encuentro en mi camino
envuelto en el error de un torbellino:
á donde voy no sé...

Errante y temerario peregrino,
víctima fuera de cruel destino,
si no me diese inspiración tu fé.
Mi pecho pues que con fervor te adora,
á tí se acoge en su quebranto ahora
sediento de piedad.

Bendice mi pasión, reina y señora;
un hijo soy que dolorido llora;
no me dejes en misera horfandad.
Vengo á tu altar con la doncella amante
que, vida de mi ser, númen radiante
que endulza mi pesar.

Un sol me reveló con su semblante,
un cielo con su pecho palpitante,
con su acento un angélico cantar.
Desde el día en que estáticos nos vimos
nuestras almas en una sola unimos
con tierno frenesí:

Y amor, eterno amor nos prometimos,
amor que hoy á jurar los dos venimos
postrándonos de hinojos ante tí.

(Se continuará)

INVIERNO



PROBLEMA RESUELTO

La vida de soltero ¡que demencia!
es como un árbol que no rinde fruto:
cuando joven, al vicio da tributo
manchando de pecados la conciencia;
y viene la vejez, y una dolencia
le postra, y sólo mira el rostro enjuto
de algún criado perezoso y bruto
que sólo piensa en apanar su herencia,
sin hogar donde oculte su amargura,
sin hijos cariñosos que le adoren,
ni esposa que le mime con ternura,
así se agosta su existencia fútil
y muere así sin ojos que le lloren
siendo del mundo criatura inútil.

La vida del casado ¡que locura!
da frutos, más cual chumbo en el estío;
si se casa de joven ¡desvarío!
si se casa de viejo ¡desventura!
Trabajar con afán; no ver la hartura;
esclavitud, y celos, y desvío,
y aquí un deudor que vocifera impío,
y allí una enfermedad que el alma apura.

Al fin cansado de esta lid eterna
llegas á viejo antes de tiempo, y miras
que te quitan los hijos yerno ó yerna;
y entonces más que el solterón deliras,
pues te hallas pobre, abandonado y triste,
y aun gracias, si entre cuernos no anduviste.

Pues tanto inconveniente el mundo ofrece,
ora vivas casado, ora soltero,
digo en verdad que á todo yo prefiero
aquello que más cómodo parece.
Dadme fortuna que jamás decrece,
mujer que quiera lo que siempre quiero,
un hijo sólo con amor sincero,
yerna que al suegro le regala y mece;
y entonces sí, que con pasión honesta,
al matrimonio volaré al instante:
mas un tilde borrad de la lista esta,
y seré un solterón recalcitrante,
y si la soledad me es muy molesta
cura me haré para vivir triunfante.

MISCELANEA

Una señorita creía que infantería era sinónimo de infancia, y decía:

—Yo tenía un genio muy alegre cuando estaba en la infantería.

En un wagón del ferrocarril:
Un filósofo hablaba con un campesino de política y religión.

Este le escuchaba embobado.

Al cabo de mucho disertar, el sabio le preguntó:
—Ahora bien; dígame usted: ¿Es V. materialista ó espiritualista?

—Yo, señor, soy carnicero, para servir á usted;—
respondió el otro.

Cierta buena señora esperaba á su hijo que había de llegar á las seis de la tarde en la diligencia de Bayona, y era tal el ansia que por ver al hijo de sus entrañas tenía, que adelantó su reloj á fin de que el chico llegara más pronto.

En una tablilla fijada en la puerta de una casa se leía lo siguiente:

«Hay un Cuarto tercero para alquilar en seis duros mensuales.—Último precio: Cuatro duros.»

EPÍGRAMAS

Al hipócrita Gaspar
preguntó un día Teodoro:
—¿qué haces siempre ante el altar?
y Gaspar sin vacilar
contestó: ¿Qué he de hacer? *Oro!*

Conozco cierto vicario
tan devoto de rezar,
que no sabría pasar
sin dormir con su *rosario*.

Tanta hambre sufría Hurtado
que al mar se quiso arrojar,
y aunque estaba muy pelado,
al caer decía el menguado
«Eh! pelillos á la mar!»

PENSAMIENTOS

Para dar á la honra asedio
y hacer los hombres esclavos
no halló el diablo mejor medio
que inventar los taparrabos.

La felicidad no es cosa
que se pueda definir:
para unos está en la muerte
para otros está en vivir.

Que una gota tan solo
del firmamento caiga,
y por guardarse de ello
se abrirán mil paraguas.

Que caiga una moneda
dentro un inmundio charco,
y veréis con presteza
tenderse cien mil manos.

La causa de que los hombres
unos á otros se hagan daño,
únicamente consiste
en que todos son hermanos.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

Estos anfitriones
cuatro incisivos
ocho molares
truncados al
modo que la
focas, pero c
rior, y sus ca
dirigen hacia
de hielo, y s
colmillos, la
aceite superi
hace un esce
dore embist
una cacería u

Caracteriz
nariz, compu
gación de la
Aunque muy
mueve guerr
cuyo fango
débil y parec
bramido á g
cariño á su h
incluso al ti
ronte es sur
pereza al de
gamente cu
dando empe
se le aliment

El tigre, e
como es heri
miembros le
ces vencer á
voracidad n
hasta al hon
posee, á dif
guido ó se si
Antiguam
contingente
jándolas al
cristianos. V
el famoso ce

Su gigan
demás anim
el mayor y
herido emb
elefantes gr
con una to
animales de
nos. En est
habitando
Asia. Cuan
viejos se p
hijos. Su le
600 años. E
caza ora c
ramas dond
es la maner
las patas d
millos.

El caball
gencia y bi
diez mil in
diéndose m
el papel de
capaz de re
se adelanta
ros, la colu
los caballos
echan al ci
dad. La p
alrededore
Los que
española.

Este rum
cola muy c
vive en pa
Europa. C
res penetr
atención d
salvar á lo
que pasan
para la de
sus piernas
ran con o
diversión f

LAS MORSAS

Estos anfibios tienen, cuando adultos, veintidos dientes, á saber: cuatro incisivos en la mandíbula superior, y ninguno en la inferior; ocho molares arriba y ocho abajo, los cuales son cilíndricos cortos, truncados oblicuamente, obrando unos sobre otros, del mismo modo que la mano en el almirez. Tienen la forma general de las focas, pero carecen de caninos y de incisivos en la mandíbula inferior, y sus caninos inferiores forman unos enormes colmillos que se dirigen hacia abajo. Viven en los mares glaciales sobre los témpanos de hielo, y son de condición mansa. Por el precioso marfil de sus colmillos, la abundante grasa de su cuerpo que proporciona un aceite superior al de la ballena, y lo recio de su piel, de la que se hace un excelente cuero, son muy codiciadas las morsas. Los cazadores embisten sus numerosas manadas, no siendo raro matar en una cacería un millar de estos animales.

EL RINOCERONTE

Caracteriza á este paquidermo un cuerno que lleva encima de la nariz, compuesto de pelos aglutinados y que parece ser una prolongación de la epidermis, pues no está adherido más que á la piel. Aunque muy huraño, es pacífico, pues sólo ataca cuando se le mueve guerra. Vive solitario en las selvas ó á orillas de los ríos, en cuyo fango le gusta revolcarse. Cuando está tranquilo, su voz es débil y parecida al gruñido de un cerdo, pero si se irrita se oye su bramido á gran distancia. La hembra recién parida trata con gran cariño á su hijo, y embiste furiosa á los animales que encuentra, incluso al tigre que se ve obligado á salvarse huyendo. El rinoceronte es sumamente estúpido, y de momento pasa del estado de pereza al de un furor desenfrenado, destrozando y derribando ciega y cuanto halla al paso. Cazado joven se familiariza, guardando empero resabios de sus caprichos. En estado de cautividad se le alimenta perfectamente con arroz, pan y azúcar.

EL TIGRE

El tigre, ese monstruoso gato de las grandes selvas, es tan feroz como es hermosa su manchada y sedosa piel. La elasticidad de sus miembros le comunica tal agilidad, que con ella logra muchas veces vencer á las fieras más terribles, como el león y el elefante. Su voracidad no tiene igual, y aun hábito ataca á las demás bestias y hasta al hombre mismo, por sólo el instinto de destrucción que le posee, á diferencia del león, que sólo embiste cuando se ve perseguido ó se siente acosado por el hambre.

Antiguamente los desiertos de la Libia y la Pannonia daban gran contingente de estas bestias al pueblo romano, que se divertía arrojándolas al circo para que combatesen con otras fieras ó devorasen cristianos. Vez hubo que en un sólo día murieron seis mil tigres en el famoso coliseo.

EL ELEFANTE

Su gigantesca trompa basta á distinguir este mamífero de los demás animales. Es el más dócil, el más inteligente, el más casto, el mayor y el más fuerte de todos. No ataca jamás, pero acosado ó herido embiste con furor desesperado. Antiguamente prestaron los elefantes grandes servicios en la guerra, á la cual iban cargados con una torre donde se apostaban arqueros y ballesteros. A estos animales debió el rey Pirro sus primeros triunfos contra los romanos. En estado silvestre viven los elefantes reunidos en manadas, habitando las selvas más recónditas y los países más cálidos de Asia. Cuando creen que les amenaza algún peligro, los machos viejos se ponen al frente, y detrás de ellos las hembras con sus hijos. Su longevidad es extraordinaria, llegando algunos á vivir 600 años. El marfil de sus colmillos causa su persecución, y se les caza ora con trampa abriendo un profundo hoyo cubierto con ramas donde caen al pasar, ora con flechas ó armas de fuego, que es la manera más fácil de que quede algún cazador aplastado bajo las patas de estos enormes animales, ó traspasado por sus colmillos.

EL CABALLO

El caballo silvestre de las sábanas de América tiene más inteligencia y brio que el caballo domesticado. Se reúne en manadas de diez mil individuos, reinando entre ellos la mejor armonía y defendiéndose mutuamente. Precedidos de los machos viejos, que hacen el papel de batidores, avanzan en columna cerrada que nadie es capaz de romper. Si divisan alguna comitiva de viajeros, los guías se adelantan á practicar un reconocimiento, y según sean los viajeros, la columna pasa por su lado al galope, invitando á desertar á los caballos domesticados. Los indios los cogen con lazos que les echan al cuello con singular destreza, y los doman con suma facilidad. La patria del caballo silvestre parece ser el desierto de los alrededores del mar Caspio y Aral.

Los que pueblan las llanuras de América descienden de raza española.

EL CORZO

Este rumiante de color pardusco, con las nalgas blancas, la cola muy corta y astas que pierde durante la estación de otoño, vive en parejas en los altos bosques de los países templados de Europa. Cuida con gran solicitud á sus hijos, y cuando los cazadores penetran en el bosque, se presenta el macho para llamar la atención de los perros y atraerlos en pos de sí, con el objeto de salvar á los corcitos. El macho y la hembra nunca se separan, sino que pasan juntos la vida. Su natural es tímido y manso, y fácil para la domesticidad. Su defensa está en la extrema ligereza de sus piernas, y cuando caen heridos lanzan lastimeras quejas y miran con ojos tiernos al cazador. La caza de estos animales fué la diversión favorita de las damas de la Edad media.

LAS FOCAS

Estos animales pasan la mayor parte de su vida en las aguas, alimentándose de peces y mariscos que pescan con suma destreza. Unicamente salen á tierra para amamantar á sus hijuelos ó para dormir al sol. La naturaleza les ha dotado de una conformidad especial que les permite retener por mucho tiempo la respiración. Cuando quieren echarse al agua se cargan de lastre, tragándose algunos guijarros, que arrojan por medio del vómito al volver á tierra. La roca en que acostumbra colocarse una foca con su familia, es su propiedad relativamente á los demás individuos de su especie. Si alguno se atreve á trepar á dicha roca traban una lucha que sólo concluye con la muerte de los combatientes. La voz de la foca es parecida al ladrido del perro. Duermen estos anfibios tan profundamente, que es muy fácil alancearlos. Es preciso luchar cuerpo á cuerpo con estos animales, y matarlos á palos, pues las balas no les acaban la vida. Se defienden con valor, pero la dificultad de sus movimientos no hace peligrosa la lucha.

EL BISONTE

Vive el Bisonte en las comarcas templadas de la América septentrional, y especialmente en el Missouri y en las montañas peñascosas. En el verano habita los bosques, de donde sale en primavera para recorrer las comarcas del Mediodía al Norte, y en otoño del Norte al Mediodía. Durante esta emigración andan los bisontes reunidos en manadas de veinte mil individuos y á veces más. Van tan apretados unos con otros, que empujando los que están detrás á los de delante, rompen y devastan cuanto hallan á su paso, pereciendo los más débiles pisoteados por los demás. Como su cuero y su carne son muy apreciados, los indios se reúnen para darles caza, obligándoles á entrar en unos grandes cercados de estacas, matando mil ó dos mil bisontes en una cacería. Este animal huye del hombre, pero si éste le hiere, se precipita sobre el cazador atacándole con los cuernos y las patas delanteras que constituyen un arma terrible.

EL HIPOPOTAMO

Es tan enorme la magnitud del hipopótamo, que á veces llega á once piés de longitud sobre diez de circunferencia. Sus formas son macizas, los ojos y orejas pequeños, las piernas cortas, la cabeza desmesurada, el vientre grueso hasta tocar el suelo, y su boca anchísima, y armada de colosales colmillos que suministran un marfil más precioso que el de los elefantes. Es de color negro apizarrado ó rojo curtido. Vive en los grandes ríos del Mediodía de África. En tierra anda con gran trabajo, pero nada con extrema facilidad. Puede permanecer mucho tiempo debajo el agua, sin salir á la superficie. Cuando le persiguen se sumerge en el lago ó río, y reaparece luego á larga distancia. Su voz es muy parecida al relincho del caballo. Su indole es agreste, y aunque no ataca al hombre, se revuelve furioso cuando se ve acometido y vuelca la barca que le persigue. Pasa el día metido en el agua, y salta á tierra para pacer durante la noche.

LA SERPIENTE

África es el país de las grandes serpientes. Las hay allí tan desmesuradas que, según cuenta la historia, el cónsul Régulo, en su guerra contra los cartagineses encontró á orillas del río Bagrada una serpiente que molestó á su ejército más que las tropas enemigas, viéndose obligado para matar al reptil á emplear sus máquinas de guerra. La piel, que tenía de largo ciento veinte piés, fué llevada á Roma y colocada en un templo. Los indígenas, familiarizados con ellas, aunque á veces son víctimas de sus picaduras, no las temen; de tal modo que algunos hay que las amansan y domestican, empleando para ello los sonidos del tambor ó de la flauta. La caza de estos ofidios, y particularmente de las serpientes boas y de cascabel, es muy peligrosa si no se las encuentra amodorradas y no se las quiebra al primer golpe la cabeza, que es la parte más vulnerable de su cuerpo.

EL KANGURO

Cook fué quien por vez primera observó en 1779 estos extraños animales. Tienen las patas anteriores muy pequeñas, que les sirven muy poco para andar, pero de las cuales se utilizan como manos para llevar á la boca los alimentos. Por el contrario, sus patas posteriores son larguissimas y provistas de cascabel que aprovechan admirablemente para defenderse. Las hembras tienen una bolsa abdominal, en la que colocan á sus crías hasta que han adquirido el desarrollo necesario. Gozan de un natural tan tímido, que ni siquiera se defienden contra los perros, si tienen medio de huir. Como la carne de este animal es más sabrosa que la del ciervo, los naturales de Nueva Holanda le hacen una guerra muy encarnizada. El color del kanguro es de un oscuro ahumado, y rojo en los costados. Su estatura ordinaria llega cuando más á cinco piés. Vive en cortas manadas, y luchando con los individuos de su especie se vale de sus patas delanteras con las cuales causa á sus contrarios profundos arañazos.

MONOS

Hay treinta y tres especies de monos: el Orangután, animal semejante al hombre; el Chimpanzé, que se distingue del orangután por ser éste rojo y aquél negro; el Pongo, el más feroz de la especie; el Syndatylo, cobarde y perezoso; el Gibbón, diestro en equilibrios; el Mico, maligno y astuto; el Colobo, de pelo amarillo y negro; el Lasiopije, listado de rojo y de un color verde gris; el Nasico, de desmesurada nariz negra; el Cercocebo, de cabeza piramidal; el Semnopiteco, dotado de grande inteligencia; el Macaco, amigo de emborracharse; el Magote, de cara livida, desnuda y aplastada; el Presbite, de azulado color; el Cinocéfaló, de hocico semejante al del perro; el Coaita, goloso y dócil; el Lagotrecche, de pelo rizado; el Nocthor, del valor de un ratón y del rugido de un tigre; el Sahis, con cola de zorra; el Vistiti, semejante á una ardilla; el Maki, gran devoto de dormir; el Indri, que anda con dos piés; el Lori, que sólo ve de noche; el Nycticebo, que camina arrastrando el vientre; el Mispitheco, de grandes ojos; el Cheirogallo, parecido al gato; el Galago, del tamaño de una rata; el Tarso, de larguísima cola; el Hirkajus, amante de la soledad, y el Aye-Aye, de plañidero grito.

